

DOMINGO XIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24): *Dios creó al hombre incorruptible.*

Salmo (29, 2.4-6.11-12a.13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado».*

2ª lectura (2ª Corintios 8, 7.9.13-15): *Sobresalid en obras de caridad.*

Evangelio (Marcos 5, 21-43): *Tu fe te ha salvado.*

El arte de la propaganda, el “*márquetin*”, se sirve de múltiples medios para captar nuestra atención y que podamos repetir un mensaje sin dificultad. De esta forma muchas veces toman una letra como inicial de palabras o términos significativos. Podemos fijarnos en la “*regla de las tres eses*” a considerar en la calidad de la vida: “*sano, saludable y sostenible*”. Creo que se debe vivir cuidando de este planeta, porque no tenemos otro, y para disminuir al máximo la contaminación, tendremos que recurrir a la política de las “*tres erres*”: “*reciclar, reutilizar, reducir*”. Son tres palabras fáciles de memorizar, máxime si estamos preocupados por la calidad de la vida.

No basta con “*estar vivos*”, con sobrevivir o con sobrellevar el peso de los días. Hay que dar pasos hacia delante para poder vivir con calidad, con dignidad, con humanidad. Una vida humana tiene que partir de una “*alimentación sana*”. Pero, no basta con comer y vivir de forma sana, sino que hay que tener “*hábitos saludables*”: hacer deporte, evitar agobios, dormir bien. Tenemos que dar un tercer paso si queremos llegar a la cima de esta calidad, debemos pensar en que esta forma de vida debe ser “*sostenible*”, o sea, debemos tener en cuenta las energías que gastamos. Propongo añadir dos más, para alcanzar cinco eses: “*sentido*” y “*salvación*”.

Las personas no solo necesitamos una vida “*sana, saludable y sostenible*”, sino que necesitamos una vida con “*sentido*”, o bien, necesitamos adentrarnos en el “*sentido de la vida*”; sí, también estamos plenamente de acuerdo en que la buena vida, debe ser para toda la humanidad y no solo para unos pocos. Pero la vida humana se topa con la debilidad, la enfermedad y la muerte. Es una línea roja que querríamos no pasar, pero no podemos.

El libro de la Sabiduría nos dice que la muerte no viene de Dios: Dios no hizo la muerte ni se complace en ella, porque Dios quiere la vida. Ahora bien, ¿de qué estamos hablando? ¿Solo de la vida en el más allá, la vida eterna? ¿Una vida que, por ser de Dios, comienza aquí ya y alcanza su plenitud tras la muerte? Dios nos creó para la vida. Dios no hizo la muerte. El autor del libro de la Sabiduría, irónicamente nos dice quiénes son los creadores y aliados de la muerte. Ellos, los impíos, los que extravían su vida, alejándose de la justicia, han firmado un pacto con la muerte, a la que consideran el remedio de todos sus males y también el final o negación de todos sus bienes.

Pero eso no es así para el creyente; no lo es para el que respetando el orden físico-biológico del hombre descubre con el autor sagrado una respuesta más satisfactoria. Remontándonos a los orígenes primordiales, descubrimos que Dios llama a la existencia, al ser, a todas las criaturas del mundo; todas resultan buenas y saludables y fueron creadas para subsistir sin que en ellos hubiera veneno de muerte.

Si Dios no hizo, ni quiso la muerte, ¿qué sentido tiene este final biológico del hombre? ¿Qué significado tiene la vida si se destruye? ¿Es esto lo que quiso hacer Dios cuando creó al hombre como ser vivo? No es una respuesta afirmativa la que nos da el sabio al decirnos que Dios no goza destruyendo a los vivientes. Frente a los que así discurren, y se engañan porque los ciega su maldad; frente a los que no conocen los designios misteriosos de Dios, ni esperan el premio de la virtud, surge el hombre de fe, el que cree que el hombre fue creado a propia imagen de Dios y por lo tanto **inmortal**.

El evangelio de Marcos de hoy presenta dos relatos en uno: la muerte de la hija de Jairo y la mujer hemorroísa. Jesús y dos mujeres. Jesús a la primera la devuelve a la vida, a la segunda le devuelve la salud. La hija de Jairo, está rodeada por gente de la sinagoga que se ríe de Jesús cuando él dice que la niña «*está dormida*» (se ríen porque no creen en el poder de Dios). La mujer hemorroísa está rodeada por un tropel de personas que le impiden acercarse a Jesús. Jesús da sentido a las dos: a la niña porque dice que la muerte no es un “*limite insuperable*”; a la mujer porque dice que no es “*impura*” a los ojos de Dios. Jesús salva a las dos: de la muerte y de la enfermedad.

No podemos afirmar que es falsa la resurrección de la hija de Jairo porque nuestros cálculos no nos permiten calibrar el poder misterioso de Dios. Es innegable que el evangelista nos ha transmitido un relato en el que se pone de relieve el progreso fatal de la enfermedad que concluye con la muerte de la muchacha. A Jesús se le reconocía el poder de curar a los enfermos, pero la muerte se presenta ante la gente que llora a la difunta como el final de la vida y piensan que ya no hay remedio, por ello es inútil importunar más a Jesús; pero este responde: «*Si hay remedio, la fe*». No todos los presentes creen y se ríen cuando Jesús acercándose a la difunta dice: «*La niña no está muerta, sino dormida*». Él, echando afuera a todos, tomó a los que esperaban y confiaban en Jesús y agarrando a la niña con una orden soberana le devuelve la vida.

Tampoco los presentes captaron el sentido de este contacto de Jesús con la niña al devolverle la vida, pero es cierto que la comunidad cristiana, y por supuesto el evangelista, entendió bien este relato como un preanuncio de lo que posteriormente definiría Pablo como una incorporación a la vida gloriosa de Cristo, una participación en el despertar de Cristo de entre los muertos.